GRANTA

EN ESPAÑOL. NUEVA ÉPOCA | 9

J. M. Coetzee
Jakuta Alikavazovic
Samanta Schweblin
Mariana Enríquez
George Saunders
Sònia Hernández
Alberto Manguel
Rodrigo Fresán
Frederic Amat
Siri Hustvedt
Carlos Pardo
Clara Usón
Azar Nafisi
Edgardo Dobry
Flavia Company
Eliot Weinberger
Francisco Ferrer Lerín



AIRE

GRANTA

EN ESPAÑOL. NUEVA ÉPOCA | 9

AIRE

GRANTA

EN ESPAÑOL
Av. Diagonal 361, 2.º 1.ª 08037 Barcelona, España
www.granta.com.es | info@granta.com.es

NÚMERO 22: VERANO 2018

NUEVA ÉPOCA 9

PUBLISHER	Joan Tarrida
DIRECCIÓN	Valerie Miles y Aurelio Major
REDACCIÓN	Lidia Rey
CONSEJO EDITORIAL	Victoria Cirlot, Rodrigo Fresán, Helena Rosa-Trías, Mercedes Monmany
COMUNICACIÓN	Disueño Comunicación, S.L.
WEB Y REDES	Santiago de Narváez
DISTRIBUCIÓN	Montse Ferré
PORTADA	Martín Balzola
AGRADECIMIENTOS	Al equipo de la Fundación Aquae, a Soledad Constantini y a todos los traductores.

GRANTA EN INGLÉS

PUBLISHER Y DIRECTORA	Sigrid Rausing
JEFA DE REDACCIÓN	Rosalind Porter

www.granta.com

GRANTA BRASIL: www.objetiva.com.br | GRANTA ITALIA: www.grantaitalia.it
GRANTA BULGARIA: www.granta.bg | GRANTA NORUEGA: www.gyldendal.no
GRANTA SUECIA: www.albertbonniersforlag.se
GRANTA TURQUÍA: www.grantaturkiye.com | GRANTA CHINA: www.99read.com
GRANTA PORTUGAL: www.tintadachina.pt | GRANTA FINLANDIA: www.grantafinland.fi
GRANTA ISRAEL: www.grantaisrael.com | GRANTA JAPÓN: www.bunjaku.net

Primera edición: junio de 2018

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2018
Depósito legal: 49. 2004
ISBN: 978-84-17355-45-6
Fotocomposición: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Sagrafic

Printed in Spain – Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, además de las excepciones previstas por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o digitalizar fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Este número de *Granta* en español se ha realizado gracias a la colaboración de Fundación Aquae



ÍNDICE

5 **Airear**

11 **La parte recordada: modo avión**
Rodrigo Fresán

29 **Nuboso**
Jakuta Alikavazovic

35 **Estado de ánimo: esa mezcla**
Siri Hustvedt

41 **Tomar el aire**
Sara Mesa

47 **Criaturas del aire**
Alberto Manguel

51 **Río suda**
Tatiana Salem Levy

67 **El límite**
Barry Lopez

71 **El campeón de la montaña rusa**
Andrew Martin

93 **Material sospechoso o el diario de lentejas**
Santiago de Narváez

109 **En blanco**
Hang Kang

113 **El coloquio de los pájaros I**
Edgardo Dobry, Azar Nafisi, George Saunders, Mariana Enríquez, Pablo Aranda, Marta Agudo, Ben Crane, Flavia Company, Guillermo Corral, Samanta Schweblin, A. G. Porta, Berta Ares, Nerea Pallares, Monika Zgustova, Ángel J. González, Judith Thurman, Lila Azam Zanganeh, Carlos Vara, Soledad Costantini, Esther Wolfson, Begoña Pozo, Martín Sanz Moro, Mónica Fernández-Aceytuno, Luis Gustavo Meléndez

135 **Eolia**
Frederic Amat

141 **El coloquio de los pájaros II**
Berta Ares, Lila Azam Zanganeh, Pablo Acosta, Judith Thurman, Sònia Hernández, George Saunders, Carlos Pardo, Monika Zgustova, Pablo Aranda, A. G. Porta

153 **Los espectros de los pájaros**
Eliot Weinberger

165 **Todo alrededor**
Selva Almada

171 **Una luz**
Francisco Ferrer Lerín

177 **Yesca**
Miguel Serrano Larraz

185 **Hecho en Saturno**
Rita Indiana

195 **Un niño o un perro**
Clara Usón

201 **El matadero de cristal**
J. M. Coetzee

220 **Colaboradores**

Airear

El aire, como elemento natural, como material que nos es tan común que no le prestamos mucha atención hasta que nos falta por algún motivo –contaminación, asma, submarinismo, un ataque de nervios–, se considera el primero de los cuatro por su asimilación al soplo creador y, en consecuencia, a la palabra. El hálito vital expresado en el espacio dinámico, porque el aire es mucho más la acción de respirar que lo que el cuerpo inspira, se percibe más en su movimiento que en su naturaleza material, tan *tenue*, tan *ten*, tan *te*. El movimiento es la gran fuerza liberadora. Incluso el aire, sin ventilar, se corrompe. El aire es el elemento invisible hasta que las condiciones del ambiente –natural o creado por nosotros– coincide o conspira para hacerlo perceptible al ojo mediante el movimiento de una nube o del viento. O a la nariz como el aroma dulce o especiado de un perfume, el olor del papeo cuando el estómago está vacío o el azahar en abril. O el efluvio del matadero que los animales perciben en el aire aunque no los humanos, la sangre y el sufrimiento en moléculas tan *pequeñas*, tan *peques*, tan *pe* que el jinete no entiende por qué los caballos se agitan al trotar junto a una edificación por el sendero. O por los oídos, el lamento de los vientos, su rugido, sus alaridos, sus sollozos cuando a veces se confunden con los chillidos de una *banshee* sobre un tejado irlandés que anuncia la muerte de una fami-

liar. Lo vemos, no lo vemos. Jorge Wagensberg recuerda que una galaxia es invisible por grande, un átomo por pequeño, el estallido de una pompa de jabón por rápido, el crecimiento de un árbol por lento, el interior del cuerpo por opaco, el aire por transparente y el bosque..., el bosque es invisible simplemente por complejo.

El aire es un gas formado principalmente de oxígeno y nitrógeno y otros componentes como el dióxido de carbono y el vapor de agua. Físicamente, el aire no tiene dentro ni fuera, así que el movimiento tiende a ocurrir en el eje vertical, de arriba abajo, girando, rizando, enlazando lo celestial con lo infernal. Lo vemos en cuanto las hojas se mueven, la arena es un torbellino sobre la playa, las copas que se mecen, los arbustos que se estremecen, las plantas que se rozan en comunión con un elemento que las dota de un súbito instante de vida material. Puedo oír fuera la hoja del roble rozando la ventana, mira, hay una nube en forma de elefante. Hay movimientos a la vez hermosos e inquietantes. Esta manifestación de lo invisible por medio de la acción y el sonido, un lenguaje primordial, *unheimlich*. Una inquietud que Tarkovski emplea con gran acierto en *Espejo* y David Lynch en *Twin Peaks* o en el plano secuencia de una hoja narrado por Andrés Neuman al final de *El viajero del siglo*, o la sospecha en Bolaño de una fatalidad inminente. Algo va a pasar.

Así que sigamos la ensoñación de las nubes mientras se congregan y dispersan y danzan por el cielo para el que las venera, el nefelibata, una de las palabras más bellas de la lengua –dicho de una persona: soñadora, que no se apercibe de la realidad– acuñada por Darío, empleada de nuevo por Machado en su *Cancionero apócrifo:* «Sube y sube, pero ten / cuidado, Nefelibata, / que entre las nubes también / se puede meter la pata». Jugar con las nubes es en esencia un juego poético, una experiencia onírica diurna, una ensoñación espontánea, irresponsable, la soñadora ha de transformar una nube, y sueña con las transformaciones en las cavilaciones de los ojos, cuando la voluntad y la imaginación se alían. Un motor, ronroneante. Puede ocurrir por doquier. Sin coste. Doris Lessing creía que si el pez es el movimiento del agua encarnada, con forma, entonces el gato es el

diagrama y el modelo del aire sutil. Y Bachelard nos dice que la trilogía del sonido, la transparencia y la movilidad es lo que nos permite la impresión íntima de que nos aligeramos. Ah, mira, el elefante alza su trompa rala, ¿es temblor del trueno? Las nubes se acumulan oscuras en el horizonte, densas, bullendo. Los pájaros se estremecen y saltan, comienzan un coloquio, un llamamiento a la aventura, hacia climas más australes, ya es hora, es hora, se giran y lanzan de las ramas, los cables tendidos, los tejados. La hoja tirita y es arrancada de la ventana y se agita en la corriente que se enracha.

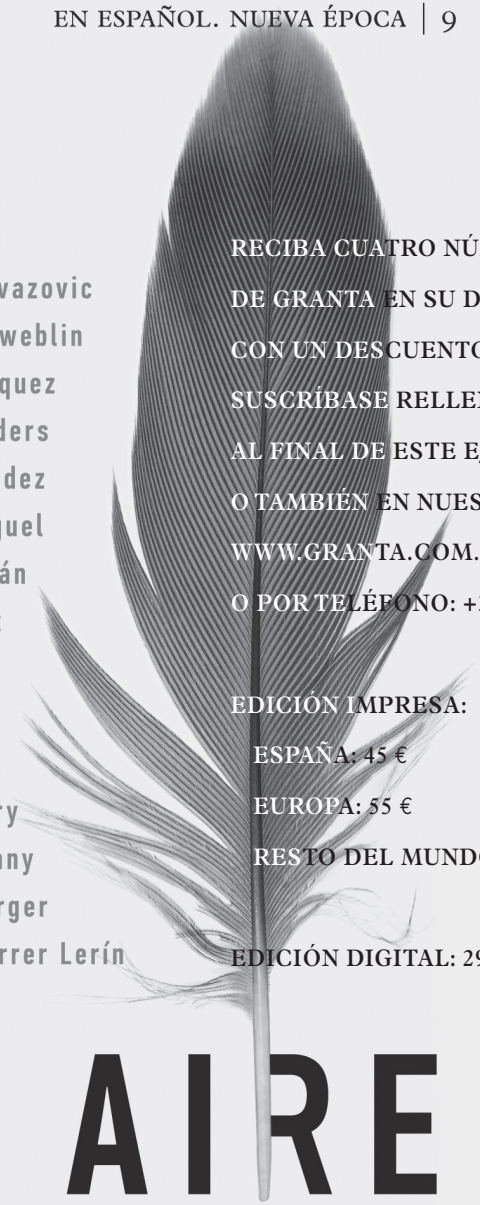
Da Vinci supo que para llegar a conocer el movimiento de las aves suspendidas primero había que conocer el comportamiento de los vientos, que se pueden demostrar con la mecánica de las aguas. Las grandes ideas entran al mundo con la delicadeza de palomas, nos dice Camus. Tal vez si escuchamos atentamente oiremos «en medio del bullicio de imperios y naciones, un débil revoleteo de alas, el suave movimiento de la vida y la esperanza». Como las aves blancas que a veces aparecen en las escenas amatorias de Hemingway. George Plimpton, el director de *The Paris Review*, lo mencionó en una ocasión al entrevistar a Papa. Estaba muy interesado en el significado del pájaro blanco que se eleva de una góndola en una escena amorosa entre la joven princesa y el coronel Cantwell de *Al otro lado del río y entre los árboles*. Hemingway, Papa, manifestó su desagrado por la impertinencia de la pregunta mediante un certero puñetazo en pleno morro de Plimpton. Cuidado, Nefelibata. El viento aúlla y anuncia la llegada de la tormenta, la insaciable incontinencia ante los deseos. Todo sueño placentero tiene su antítesis en la pesadilla: vértigo, caída libre, huracán. El movimiento del viento ahora juguetón se vuelve destructor. Alas negras baten, las nubes se levantan, ¡que viene un chaparrón! El huracán contiene los tres elementos, fuego en el rayo, aire en el viento, agua en la lluvia y todo eso conmueve la tierra. La tramontana y el garbí, el frío y despejado viento del norte, el cálido y henchido viento del sur, una va y otro viene, las nubes se juntan y las nubes se dispersan. Ni material, ni terrestre, la imaginación dinámica, aérea, se proyecta al exterior, levita, revitaliza la imagen interna oculta en las palabras.

«Quiero» y «vuelo» son ambas *«volo»* en latín. El vuelo siempre ha sido uno de los grandes deseos de la humanidad. Jung y Freud sostenían que los sueños representan nuestros deseos insatisfechos o el recuerdo de imágenes infantiles, cuando nos lanzaban al aire, o nos mecían, desafiando la gravedad. «El sueño es la cosmogonía de la noche –escribe Bachelard– el soñador crea el mundo otra vez cada noche.» La imaginación aérea es parte de una conquista íntima, algo que el mundo externo, el mundo terrestre no puede darnos. La imaginación aérea. ¡Volamos! Arroja al abismo todo lastre, si quieres elevarte.

Valerie Miles

GRANTA

EN ESPAÑOL. NUEVA ÉPOCA | 9



J. M. Coetzee
Jakuta Alikavazovic
Samanta Schweblin
Mariana Enríquez
George Saunders
Sònia Hernández
Alberto Manguel
Rodrigo Fresán
Siri Hustvedt
Carlos Pardo
Clara Usón
Azar Nafisi
Edgardo Dobry
Flavia Company
Eliot Weinberger
Francisco Ferrer Lerín

AIRE

RECIBA CUATRO NÚMEROS
DE GRANTA EN SU DOMICILIO
CON UN DESCUENTO DEL 25%.
SUSCRÍBASE RELLENANDO LA FICHA
AL FINAL DE ESTE EJEMPLAR
O TAMBIÉN EN NUESTRA CIBERPÁGINA,
WWW.GRANTA.COM.ES,
O POR TELÉFONO: +34 93 476 33 91.

EDICIÓN IMPRESA:
ESPAÑA: 45 €
EUROPA: 55 €
RESTO DEL MUNDO: 69 €

EDICIÓN DIGITAL: 29,9 €



LA PARTE RECORDADA: MODO AVIÓN

Rodrigo Fresán

Recuerda en el aire, hace unos años, la primera noticia y enseguida historia.

En el aire, también.

Lo de ese avión fantasma. Un avión más levitando que volando. Un avión zombi o en trance y en piloto automático y animación suspendida y suspendido, de nuevo, en el aire. Un avión con la tripulación y los seis pasajeros muertos, ahí dentro, los cinturones de seguridad abrochados, sin necesidad de ir al cielo porque ya estaban en el cielo.

El avión –un Lear Jet privado de diez plazas, con trayectoria desde Lake Buena Vista en Florida rumbo a Dallas, Texas– había sufrido algún tipo de despresurización. Más o menos a los veintiséis minutos de despegar –calcularon luego los investigadores– cuando sobrevolaba Gainesville. Fue entonces cuando ya no hubo respuesta a las llamadas de los controladores aéreos y, súbitamente, el avión ascendió hasta los 13.716 metros. Una altitud muy por encima de la alcanzada por los grandes aviones de aerolínea comercial y donde sólo se puede sobrevivir por unos pocos segundos sin oxígeno. De pronto, en las pantallas de los radares, el jet cambió bruscamente de trayectoria hacia el noroeste. Y a partir de entonces –alerta máxima– fue de inmediato escoltado por seis cazas F-15: dos procedentes de la base de Tyndall, dos de la base de Eglin, dos de la de Tulsa y, sí, él tiene

todos estos datos bien anotados en una de sus tantas libretas biji. La orden era la de derribar el jet apenas se detectara algún comportamiento extraño o peligroso. Pero no, nada más extraño e inofensivo que un ataúd con alas, escarcha en el lado de adentro de las ventanillas, al que el cortejo fúnebre de cazas acompañó –en su tránsito espectral de cuatro horas y media sobre los estados de Georgia, Alabama, Tennesse, Illinois y Missouri, Iowa y Minnessota– hasta que el jet consumió todo su combustible para acabar estrellándose en un campo de Dakota del Sur, en la zona agrícola de Mina, al oeste de Aberdeen. La televisión transmitió todo *on the air* y en vivo y en directo: los diálogos mecánicos de los pilotos militares, el silencio sepulcral en la cabina del jet privado, los angelicales coros de niños demoníacos en sus colegios cantando «The Ballad of the Last Dead Plane». Y por unas horas ese anónimo Lear Jet es tan famoso como el Flyer I, como el 14-bis, como el Spirit of St. Louis, como el Batwing, como el Enola Gay, como el Air Force One, como el Spruce Goose, como el santísimo Papaplane, como ese avión despegando desde el aeropuerto de Casablanca, como aquel otro que conduce a un hotel en órbita bailando un vals circular.

Y él estaba ahí, frente a la pantalla, tomando notas, pensando en que algún día todo esto le podría resultar útil, servir de algo. Pero, claro, esos eran los días en los que él aún escribía y todo parecía suceder (todo tenía un sentido apenas secreto y una función precisa, como en un puzle con piezas de forma vagamente neuronal y cuyo diseño se iba reconociendo recién a medida que se avanzaba en su armado) para acabar yendo a dar a uno de esos libros suyos donde todo cabía. Libros amplios y siempre con sitio para alguien más. Books que no conocían el overbooking pero, tampoco, el asiento vacío.

Ahora no.

Ahora ya no.

Ahora él es un escritor cuya mente ha sufrido un problema de presurización.

Ahora él vuela por inercia: no muerto pero sí pensando todo el tiempo en que la muerte no puede ser muy diferente a ese sitio

en el que ahora vaga y donde lo único que ocurre y le ocurre es que ya no se le ocurre nada.

Ahora, nunca.

O, peor aún, se le ocurren cosas que no le parece que le sirvan o que le vayan a servir en absoluto. Son ideas entre paréntesis donde la mejor parte de ellas *son* los paréntesis en sí mismos. Trayendo los paréntesis desde la pista por la que se carretea y se despega, atado a un asiento y con un libro en las manos, hasta avanzar por la turbia e inquieta superficie de los cielos. O haciendo volar esos paréntesis vacíos hasta que caigan, como esas mascarillas de oxígeno que no sirven para nada, dentro de este maxicilindro de metal compuesto como por dos paréntesis engarzados (hábitat que muy lejos está de ofrecer las comodidades de un minimalista jet privado). Espacio en el que la gente mastica comida mala y películas aún peores (con la ocasional sorpresa inesperada y agradable y fuera de lugar entre tanta infracomedia romántica y agente secreto amnésico al que sus jefes no pueden olvidar y superhéroe torturado por sus dones y diferencias enfrentándose, inevitablemente, a un villano intercambiable pero con la inevitable obligación de proclamar, siempre, eso de «¡Soy el Destructor de Planetas!»).

Y es entonces cuando se necesita olvidar todo eso y la única forma de conseguirlo es el acto de recordar algo lejano y en tierra firme. Pero no es fácil y él apenas consigue distraerse del presente por unos minutos (por unas pocas millas según ese mapa que, ahí delante, le informa que apenas ha avanzado y que falta tanto para llegar) y el único hacia atrás allí es el de ese avión.

Y se pone de pie y camina sorteando pasajeros (mujeres que se empeñan en realizar ejercicios de yoga clavando codos y rodillas a sus vecinos de asiento y hombres que parecen pegados a sus panzas, unas y otros apoyándose siempre en respaldos de butacas ajenas) y llega hasta los asientos de cola y los baños y la cocina.

Y, en camino de vuelta a su letra y número, los fragmentos de conversaciones producto, está seguro, de la respiración de ese aire

raro de los aviones. Aire en el que seguramente se han colado cenizas de las cada vez más frecuentes erupciones volcánicas y cenizas de los muertos que se arrojaron a esos volcanes estando vivos y partículas de gasolina y aceite de motos y exabruptos y exudaciones de otros pasajeros. Aire cuya toxicidad no reconocerán nunca las aerolíneas que insisten que la atmósfera allí dentro es tan limpia como la de un hospital donde, se dice, el riesgo de contagio de algo grave es mucho más alto que ahí afuera. Aire que, piensa él, no demorará en ser envasado y vendido como droga *du jour* a ser inhalada en *penthouses* de Manhattan y en jardines de Bel Air, entre mártires y martinis, por gente que, invariablemente, exclamará: «*Wow!* Esta mierda te hace sentir como si estuvieses volando tan alto». Aire que ya empieza a ser estudiado por organizaciones de salud pública como responsable de delirios delicados, de hablar no en lenguas pero sí en labios. De que a muchos se les ocurra decir ese tipo de cosas que sólo se les ocurren cuando se está allí, sintiendo que se vuela y volando.

Cosas airadas que él escucha mientras camina en el aire.

«¿Eres feliz?», dice 10A, «No me hagas una pregunta tan triste», dice 10B.

«Déjame que te explique con exactitud qué es lo que sucede cuando un avión choca con un ave... Sucede en ocho de cada diez mil vuelos. Por lo general, el ave sale perdiendo; pero hay casos en los que... El auténtico problema no pasa por el momento del impacto sino por los pequeños desperfectos y fisuras no detectadas entonces y que, con el tiempo... Es algo así como ignorar a ese lunar que antes no estaba allí y no hacértelo ver por un dermatólogo», sonríe 36B.

«Para serte muy sincero y hablarte con la verdad absoluta, debo confesarte que soy un mentiroso incorregible», sonríe 29C.

«I have no house only a shadow. But whenever you are in need of a shadow, my shadow is yours», masculla el feo durmiente y borracho 21D, y después añade algo en cuanto a que lo arrojan por un barranco y a que le tiran un perro encima y que hay un jardín al que hay que proteger de los niños.

Y en 19J, una voz que podría ser de hombre o de mujer, una voz aguda, dice cosas graves como «Ah, el amor. Yo ya no sé qué es eso. Ni quiero saberlo. Me limito a disfrutarlo mientras dure. Como las Pringles: uno no sabe qué son o de qué están hechas, pero no puede dejar de masticarlas y tragarlas hasta que se vacía la lata».

Y esa anciana 17A que más que vieja parece fosilizada: sus brazos como los delicados huesos en las alas de pájaros, sus ojos cubiertos por gafas oscuras, su voz sorprendentemente juvenil cuando lo llama confundiéndolo con un comisario de a bordo y le pide una botellita de vodka (y él desearía conocer a ese genio del marketing que se las arregló para convencer al mundo entero de que el vodka no deja aliento a alcohol en sus bebedores) como si fuese la última cosa que ella querrá y le anuncia que *«Some real things have happened lately»* y...

Voces que son como volutas de humo en el aire presurizado de la cabina. Voces que él piensa en anotar y que enseguida deja de pensar en anotar. Porque confía en que recordará todo a la perfección.

Y sin embargo, de regreso a su número y letra, es como si nunca hubiese estado allí, como si no hubiese oído nada, lo único que tiene es ese perturbador espacio vacío que deja el olvido: el ruido blanco en un agujero negro y todo entre paréntesis.

Y, en los auriculares, uno de los canales musicales dedica una retrospectiva a esa banda que, aun siendo la que inventó el separarse como gesto artístico, sigue junta más allá de modas y épocas. Y siempre en lo más alto, como ahora a miles de metros de altura. Y una canción que comienza con el sonido de un avión despegando o aterrizando. Y en sus versos todo el tiempo los tres tiempos armonizando al mismo tiempo: *«Oh, I believe in yesterday»* y *«I read the news today, oh boy»* y *«Tomorrow never knows»*. Y, por encima de todos ellos, *«There are places I remember...»*. El pasado que nunca pasa y que se la pasa cantando. Al otro lado del telón, antes de levantarse. El telón al que se mira fijo y casi seguro de que la verdadera historia –el consentido sinsentido, el drama o la comedia por venir, el recitado tan sentencioso para distraerse así del saberse tan sentenciado– ya está justo *ahí*.

La historia que ya es parte de la historia. Y que a esa parte sólo hay que saber inventarla y soñarla y recordarla. Y verla del todo y mirarla fijo y...

Ah, suficiente de todo esto.

Y, hey, ¿es idea suya o el avión está mucho más vacío de pasajeros de lo que estaba al comenzar las maniobras para el despegue, uh?

¿Qué ha sucedido?

¿Pequeña estampida de turistas que deciden bajarse a último momento y no seguir ni subir aquí, junto a este tipo que habla y habla y habla porque ya no escribe escribe escribe?

¿Pánico a las alturas verticales o a las oraciones largas y horizontales?

¿Miedo a leer?

¿Miedo a volar?

¿Miedo a volar leyendo?

Y, apenas más abajo, lo que sigue que es lo que ya pasó.

Lo que se recuerda es, aquí, el contenido de una vida.

La sensación de ocupar un sitio en algo que es mitad escenario y mitad auditorio. La sospecha de ser un actor que no tiene más que una aérea línea para declamar, pero que es una línea de altura y que es la respuesta a ese eterno interrogante que no es ser o no ser sino el de ¿carne o pasta o pollo o pescado?

Ha escrito y descrito y vivido demasiadas veces esta situación, sí. Pero la escena no deja de fascinarle. Y en cada oportunidad en que la experimenta es como si fuese un renovado debut y estreno. Aviones dentro de aviones. Como muñecas rusas, como cajas chinas, como maletas más pequeñas dentro de maletas más grandes, como el aire que entra y sale de uno, de todos. Una nueva variación sobre una melodía clásica e irresistible que no por sabérsela de memoria se deja de silbar con nuevos arreglos. A saber, a recordar... La aceptación de un tiempo a esta parte de que la hora de salida será, como mínimo, la hora del embarque. La lentitud del ingreso de pasajeros y la previ-

sible sorpresa de que el equipaje de mano nunca cabrá en los compartimientos superiores. El cortés despotismo de la tripulación. El cierre de las puertas con un sonido neumático. La orden de apagar al menos por unos minutos (por favor, sabemos lo que les cuesta hacerlo, se lo rogamos, ¿sí?) todos los «artefactos electrónicos» hasta poder activar eso que se llama *Modo Avión*.

Y, claro, hay mucho de liturgia en esta ceremonia. Ahí delante, la azafata haciendo ademanes con sus brazos, en una especie de danza aeróbica, siguiendo lo que dice y dicta una voz por los altoparlantes. Y están los que, como en la iglesia, miran muy atentamente. Y están los que, como en la iglesia también, no miran. Y piensan en cualquier otra cosa, quizá por pura superstición, diciéndose: «Si sé cómo manejarme a la perfección ante una eventual desgracia, esa desgracia no se hará realidad para ponerme a prueba y…» del mismo modo en que él alguna vez estuvo convencido de que la mejor manera de conjurar catástrofes era ponerlas por escrito, volverlas ficción y así desactivarlas en modo noficción. En cualquier caso, unos y otros y él, jamás han pensado tanto como ahora en la muerte, en la posibilidad de un Más Allá, en la eventual existencia de Dios.

Afuera, al otro lado de esas ventanillas ovoides y más propias de un submarino que de una aeronave, llueve como en el primer día del Diluvio y truenos y rayos.

Y él –cuando el avión se pone en movimiento, primero despacio, recorriendo kilómetros antes hasta encontrar su posición en la última de las pistas y el punto de aceleración y el despegue– cierra los ojos y se dispone a disfrutar de eso que, a falta de un nombre mejor, ha dado en llamar El-Momento-Imposible-Que-Sin-Embargo-Sucede. Ese instante mágico en que toneladas de metal y plástico y carne y hueso y combustible –inexplicablemente por más que se lo hayan explicado varias veces– vuelve a volar, por encima de las nubes y la tormenta. Y abre los ojos y allí fuera brilla un sol perfecto.

Su nombre, mientras esté en el aire, es 3C.

En primera clase. Cortesía de las millas acumuladas y de la venta de pasajes de más, porque cada vez hay más gente en el aire.

La democratización y socialización de los cielos donde todos vuelan por un puñado de billetes arrugados y vestidos como de entrecasa. ¡Todos iban al cielo sin necesidad de morirse antes! ¡Todos tenían el poder de volar! Y él recuerda los tiempos en los que uno se subía al avión con sus mejores galas, como si fuese uno de los contados y privilegiados comensales a una fiesta en las nubes. Años en que viajar era una rareza, una excepción, un momento a recordar y no olvidar nunca. Se viajaba a ver y a tocar cosas que hasta entonces sólo habías contemplado en películas o en fotos o en libros y, antes, en grabados o ilustraciones o cuadros o como detalladas descripciones en libros. Ahora ya no hacía falta moverse: podías flotar a través de internet siguiendo el río invisible de cámaras que lo registraban todo en todas partes. Y, si finalmente te movías, era sólo para poder insertarte allí, en fotos indiscriminadas, siempre en primer plano con el paisaje como elemento secundario para transmitirte en directo a todas partes. Atrás había quedado el delicioso tormento de las diapositivas al regreso del periplo (cuando cada click se pensaba mucho, cuando cada vista era como una pieza valiosa cobrada en un safari secreto, cuando lo que daba prestigio no era el rostro sino la pirámide o la catedral o la muralla o el rascacielos). Y ya nadie se conmovía demasiado con esas postales que marcaron su infancia: la Tierra, azul y blanca y marrón y redonda flotando en el espacio y provocando en niños y adultos el vértigo de saberse ahí dentro pero viendo desde el más afuera de los afueras.

Ahora, apenas algo de esa vieja magia persiste en primera clase; tal vez porque en caso de una catástrofe aérea, estadísticamente, los asientos más cercanos a la cabina de los pilotos son aquellos en los que hay menos posibilidades de vivir para seguir sumando millas. En primera se embarca primero y se desembarca primero y se muere primero y ningún problema: la clave estaba en ese jerarquizante *primero,* en un *primero los primeros.*

Y ahí está él ahora. En primera clase y por primera vez rumbo (y rezando por no llegar nunca; porque suceda cualquier cosa por el camino) a un antiguo país extranjero donde hacen las cosas no de

manera diferente sino que hacen las cosas que uno jamás haría, ahora o nunca. Y las hacen desde siempre. Desde que arrancaban corazones y, todavía calientes y vibrantes, los mordían hasta romperlos para luego escupirlos pirámide abajo.

Ahí va él, latiendo como una ofrenda que esconde pedazos de vidrio en sus tripas. Un *gobetween*. Un entrometido. Un intermediario. Ahí está ahora. Dentro de un avión. Un avión nunca es una casa. A lo sumo, un avión es un pasillo o dos. Un avión (un último vuelo, el final de sus largos vuelos oceánicos al que luego añadirá la coda de un breve vuelo de cabotaje y ya está: adiós a su vida en el aire, porque ni siquiera tiene pasaje de vuelta, no tiene dónde volver) que no es otra cosa que un envase dentro de otro y de otro y así hasta que cierran la tapa del envase último del ataúd y te enfrentas a la tierra o al fuego. La vida es el envase. Uno de esos termos fríos por fuera y calientes por dentro. Lleno de sopa de letras. Letras a ordenar para poder leerlas. Pero las letras no se quedan quietas y giran y cambian de horario y de destino; como en esas pizarras que aún hacen clac-clac-clac en los aeropuertos de provincias (el sonido como el de esas dentaduras mecánicas a cuerda), informando de *arrivals* y *departures* y de *cancelled* y *delayed*. O –cuando ha ocurrido lo impensable pero en lo que siempre se piensa pensando en que si se piensa en ello no sucederá– avisando a aquellos que esperan que mejor se dirijan al mostrador de la compañía para entonces ser invitados a pasar a una sala especial. Y para que allí les comuniquen que tienen algo para contarles. Y que ese algo que les contarán va a cambiar sus vidas para siempre. Va a ser algo que enseguida se pensará primero que es un invento y luego un sueño y después será algo para recordar siempre y no olvidar jamás.

Pero él ahora está por encima de todo eso y de todos esos.

Así que, ahora, a seguir volando en el aire, en este avión de la línea aérea YesterdAir: su compañía favorita. Siempre viajando –sin importar cuál fuese el destino o la distancia más corta; *«Oh, I believe in YesterdAir»* era su tan obvio como inevitable eslogan/*jingle*– en el sentido contrario a las agujas del reloj. La aeronave recuperando tiempo

perdido, escribiendo esas líneas largas blancas en el fondo azul que, si el cielo fuese un libro, ocuparían páginas enteras.

La revista de a bordo de YesterdAir se titulaba *Get Back*. Y su programa de acumulación de millas para viajeros frecuentes (y ahí él conseguía siempre un *upgrade*, porque alguna vez había sido colaborador, luego de escribir para *Volare,* otra revista de otra compañía aérea) respondía al nombre de *Solaris* con el eslogan «Vuelva a ir». Y de desayuno se servían, invariablemente, magdalenas con té de Bergotte. Y se ofrecía licor amarillo de Elstir y se vendían en *dutyfree* perfumes de Venteuil y relojes de Charlus. Y las azafatas se llamaban todas Odette o Céleste y el apellido de los pilotos era siempre Saint-Loup o Agostinelli.

Y, bebiendo su té de a sorbitos como besos, él recordaba entonces otra noche, en otro avión, volando en dirección contraria a la que vuela ahora (no había conseguido sitio en YesterdAir) tuvo una conversación con otro pasajero en trance. Sentado junto a él, hablando entre susurros como se habla en una iglesia, como en una iglesia que ya está en el paraíso pero que en cualquier momento puede irse al infierno y al Diablo. Buena parte de los viajeros ya habían caído en un profundo sopor (consecuencia del uso limitado de los móviles; ya habían fotografiado las nubes en la ventanilla, la comida en la bandeja, sus rostros en el baño del avión). O se persignaban (algunos con la desidia de quienes espantan moscas o se sacuden restos de comida) rezando en voz baja pero listos para poner el grito en el cielo en la eventual caída hacia la tierra; sin pensar en que cuando se grita todos gritan en el mismo idioma, en el esperanto del grito, y en que todos se entienden gritando, que no hará falta traducción de gritos a cargo de la tripulación que, también, estará gritando pero tal vez de manera más ordenada y sistemática porque les han enseñado a gritar en simuladores de vuelo y...

Él no pertenecía ni a unos ni a otros.

Y desde hacía ya más de mil y una noches que había optado (o eso quería creer) por no ser parte del mayoritario gremio de los inconscientes con esa perturbadora facilidad para dormir en público y en

privado. Tampoco estaba afiliado a los temerosos que luchaban contra el mecanismo de sus párpados descendentes como si en ello les fuese la vida o la muerte entregados al pensamiento mágico de que nada irreparable podía ocurrirte si estabas alerta y en guardia. Si estabas atento, se decían como autohipnotizados, no acabarías dentro de una caja negra: ningún desperfecto técnico o rascacielos norteamericano o Alpes franceses evitarían uno de esos aterrizajes suaves como una caricia.

Así que él, por su parte, iba como flotando dentro de los aviones. Los aviones *largos* (los aviones que se la pasaban mucho tiempo ahí arriba) eran, para él, su bardo y su bushido y su modo avión. Su vida de muerto y su muerte en vida. Su estar y no estar. Su leo y escribo pero no recibo ni envío. Su durante entre un principio y un final. Su transmisión *on the air.*

En los últimos tiempos aceptaba sus cada vez más esporádicas invitaciones por trabajo –trabajo no de ser escritor en privado sino de hacer de escritor en público– para disfrutar de estas horas en ninguna parte, de este tránsito ingrávido, de este desprenderse del tiempo hilando los husos horarios. Su *free flow of conscience* virando a *free flight of subconscious* en vehículos ideales para repensar su vida como en una de esas novelas que transcurrían en un día que era como una eternidad. Allí, a millones de milímetros de altura, él era como Leopold Bloom, muy *seize the night,* flotando *over the volcano.* Allí, él era muy modernista, pero nada moderno. Y seguía sin comprender y no le interesaba comprender cómo era que volaban los aviones. Mejor así. Dejarse llevar por esa ignorancia lo ayudaba a asumir todos sus otros muchos desconocimientos en cuanto al funcionamiento del universo (como lo de la velocidad de la luz para entrar por los ojos y encender el cerebro o el porqué ahora las voces en los teléfonos viajan a través de fibra óptica pero invisible). Y ese *no saber* le permitía, en cambio, sentirse tan magistral y poderoso en el humilde pero complejo arte del ordenamiento de palabras sueltas en el aire, a las que, como había escrito alguien, había que arrancarlas a las nubes para traerlas a una hoja de papel en blanco.

Ahora, hace tiempo, ni siquiera eso.

Ahora *tampoco* entendía cómo se escribía y, mucho menos, cómo alguna vez pareció entenderlo.

Ahora, apenas, inercia y aceleración y cinturón de seguridad ajustado, porque cuando vuelas te atan para que no salgas volando en caso de que te estrelles.

Ahora mirando hacia delante y, de tanto en tanto, poniéndose de pie para realizar pequeñas caminatas rectangulares (disfrutando especialmente del tramo en el que caminaba marcha atrás mientras todo avanzaba) que lo llevaban desde el pasillo de los *toilettes* al pasadizo de la cocina de cola donde se refugiaban las azafatas de pupilas dilatadas y mandíbulas tensas cuchicheando sobre gremlins y langoliers y ebrios y odiséicos turistas de primera clase que se abalanzan sobre ellas como si fuesen sirenas voladoras. Y una de ellas le muestra a otra algo en la pantalla de su teléfono y esta emite *ese* sonido que ciertas mujeres emiten cuando ven a un bebé o a un gatito o a un collar de diamantes o a las fotos comprometedoras de un comisario de a bordo o de un piloto cuyo ascenso ahora pueden hacer volar por el aire. Y él las mira y se pregunta si el jet lag de las azafatas será diferente al jet lag de los pasajeros, y se responde que seguro que sí, que el vínculo de las azafatas con su jet lag tiene que ser como el de los médicos forenses con los cadáveres: de una fría intimidad.

Y vuelta a su asiento y de tanto en tanto (muy de tanto en tanto) le tocaba la suerte, en la butaca de al lado, de un desconocido digno de conocer. Alguien que le contaba algo interesante que él luego transcribía en una de sus libretas biji sentado en el inodoro, en un cubículo de plástico y luz apenas más estrecho que un ataúd intentando convencerse de que podría usar todo eso que le habían contado en el aire, en ninguna parte, en la tierra más o menos firme de uno de sus libros. O, mejor aún, que ese algo generaría por sí solo esa alguna parte escrita a la que ya hacía tanto que no viajaba.

Y se acuerda de que entonces el hombre había mirado el libro que él sostenía sin abrir y sin leer desde hacía años. *Ada, or Ardor.* Nunca

había podido leerlo, aunque lo hubiese intentado tantas veces en tantas ediciones diferentes.

Y entonces su compañero de asiento volador y atado le había dicho: «Ah… El Ruso… En algún aparte escribió que para él la gente que conseguía conciliar el sueño en los trenes y ronca con la boca abierta y ojos cerrados era el equivalente a aquellos impúdicos que cagan con la puerta del baño abierta obsequiando las fragancias de sus tripas al mundo… Mírelos y siéntalos dormir a nuestro alrededor y, sí, algo de razón tenía... Pero hay que tener claro que El Ruso también hablaba con la desesperada envidia del insomne. Un amigo mío que trabajaba para el FBI se volvió medio loco siguiéndolo y ya no pudo dejar de seguirlo y tuvimos que "neutralizarlo". Lo último que supe de él es que siguió a El Ruso a Montreux y que se quedó allí, en Suiza, aleteando a su alrededor, cautivado por su luz hasta que su luz se apagó y aun así ahí sigue, dando vueltas a su estatua y pidiendo copas a los turistas a cambio de contarles historias de El Ruso… Hasta que se murió y fue reemplazado por su propio hijo en el negocio de la anécdota rusística... Nosotros también lo hicimos, nosotros también espiamos a El Ruso.Y hasta pensamos en reclutarlo. Pero no nos sirvió de nada. No nos era útil. No era espía ni servía para espiar… Lo único que hacía era hablar mal de sus colegas de oficio y país y de contar mariposas. Una vez me tocó a mí. Me hice pasar por un periodista y El Ruso insistió en llevarme de cacería de mariposas y subimos por una ladera, en Mingus Mountain, mientras no dejaba de prometerme que veríamos cosas maravillosas y que me preparase para especímenes fantásticos y "aladas ninfas de los bosques". Pero ese día no había nada allí.Y se puso a llorar. En serio. Lloraba delante de mí como esas personas que no lloran mucho pero que, cuando deciden llorar, lloran en serio. Lloran a carcajadas. Su rostro era una máscara de lágrimas. *"Rien... Rien..."*, no dejaba de repetir mientras lanzaba miradas fulminantes a las vacas y su esposa, La Rusa, decía cosas como "¿De verdad que hemos venido hasta aquí para que nos miren unas vacas?". El Ruso no dejaba de llorar y de pronto vi una mariposa y la perseguí y la atrapé y se la ofrecí como quien ofrece

una moneda o un caramelo a un niño para consolarlo. El Ruso la miró casi con asco y me dijo: "Un cliché con alas"... Entonces lo supe. De inmediato. El Ruso me había descubierto. Yo no era más que un cliché con doble identidad para él. Un lugar común del género para alguien más allá de los géneros y quien despreciaba los lugares comunes. Un vulgar insecto. Y ya no volví a verlo porque ya no volvió a verme».

El hombre del asiento de al lado era uno de esos octogenarios sin edad. Ojos azules de una claridad casi líquida, pelo cortado al rape, la piel tirante sobre el cráneo, como la de algunas momias muy bien conservadas o la de escritores faraónicos. El hombre se había identificado al tercer whisky como «agente de inteligencia retirado pero, de tanto en tanto, todavía en consultas en lo que hace a cuestiones delicadas y materia sensible… Ya sabe, el candidato perfecto: la sabiduría de la experiencia y la edad de lo sacrificable si las cosas se tuercen y hay que hacerse cargo de la mierda de otros... Máxima eficiencia, poco riesgo, tarifa económica. Y saben que siempre diremos que sí porque no sabemos hacer otra cosa y porque siempre será mejor que estar en tu condo de Miami. Con un whisky en la mano. Mirando en la televisión una de esas absurdas series de organizaciones secretas... El tipo de espécimen al que se retira, pero al que se mantiene siempre al alcance de la mano, por las dudas, porque nunca se sabe. Aquel que, en las malas novelas de espías, esas novelas que muestran el oficio como algo emocionante y aventurero y no como lo que es, como una forma particularmente tortuosa de la burocracia, es siempre el traidor desencantado al que su idealista discípulo ejecuta en la última página con lágrimas en los ojos...».

Y el hombre siguió hablando:

«Me dice que usted es escritor y supongo que su profesión debe ser bastante parecida a la mía: espiar y que, tarde o temprano, un joven novelista venga a por tu cabeza y tu legado, ¿no?»

Y el anciano le había contado que ellos, los de la Vieja Guardia, *«The Old Boys»,* nunca se referían a su lugar de trabajo como a la CIA –«iniciales para periodistas y *outsiders*», gruñó el hombre– sino que preferían llamarla *«The Outfit»:* El Equipo, La Organización, El

Grupo, algo así. Y el hombre le había confiado que, durante los años más calientes de la Guerra Fría, ellos evaluaban los informes de inteligencia categorizándolos como A, B, C, D en lo que hacía al grado de confianza en la fuente y 1, 2, 3, 4 en lo que hacía a la verosimilitud de la información. Así. A-1 equivalía a verdad absoluta digna de todo crédito y D-4 a falsedad sin atenuantes en boca y letra de un demente sin atenuantes o de un enemigo encubierto.

«En toda mi larga carrera jamás llegué a cruzarme con un A-1. Y leí apenas un puñado de D-4», le confió el hombre con una de esas sonrisas en línea recta, como un tajo entre los labios, el modo en que apenas sonríen los *cowboys* cuando consideran algo muy pero muy divertido.

Y, haciendo bailar los cubos de hielo en su vaso, añadió:

«En nueve de cada diez casos, éramos conscientes de que el informante era más o menos fiable y la información menos o más cierta. La calificación final en un 90% de la data estudiada era siempre C-3.»

Sí, eso era la que el común de los mortales y la mayoría de los lectores entendía por realidad: algo C y 3.

Y él estaba sentado en el asiento 3C.

De ahí que, entonces, todo el asunto –que ya venía preocupándole poco y nada– ya no le preocupase en absoluto. Pero sí había cuestiones que le inquietaban y el hombre al que no demoró en bautizar –reflejo automático de escritor– como General Electric, continuó hablando y bebiendo. Y diciendo cosas como «En realidad, todos los espías somos narradores, contadores de cuentos... Esa es nuestra principal ocupación. Piénselo un poco, piense en reyes y en ministros y en dictadores y presidentes. Ahí, en sus despachos, luego de un largo y aburrido día de reuniones y de firmar legajos. Al caer la noche, esos hombres o mujeres se sirven un whisky y ordenan: "¡Rápido! ¡Que vengan mis espías!". Y los espías les cuentan historias supuestamente verdaderas. Más o menos reales. O, si no, si no tienen ninguna para contarles, directamente las inventan. Como hace tanto hicieron los juglares y los bufones... No le miento, es cierto. Si no me cree, lea usted todos esos ensayos acerca de los orígenes del Circus del MI6: lo

que más valoraban los oficiales reclutadores por las aulas y pasillos de las mejores universidades británicas era que los futuros espías fuesen excelentes *"raconteurs"*. Era más importante eso que su buena puntería o su destreza física».

Y, ah, al escucharlo él sabe que está en problemas. Uno está en problemas cuando las personas supuestamente reales comienzan a sonar y a pensar exactamente como uno mismo, más o menos verdadero, a través de sus personajes menos o más ficticios. Y es que ya no puede verlos y oírlos en la página porque ya no los escribe; así que los *escribe* sobre la gente, como si la tatuara y la leyera en voz alta. Problemas, desperfectos, turbulencias...

O tal vez, quién sabe, todo esto no sea otra cosa que uno de los tantos efectos más o menos residuales de estar en modo avión, en el aire, respirando aire de avión. Respirando profundo pero por encima de la superficie todas las cosas espantosas de este mundo, ahí abajo, y entonces una voz advierte en varias lenguas que han comenzado las maniobras para el aterrizaje. Y que hay que ajustarse los cinturones y plegar las mesitas y enderezar los respaldos.

Y allá va.

En un descenso controlado pero que para él –3C y C-3– se parece tanto a una puntual y en hora pero demasiado demorada caída libre. Algo que lleva postergando –retrasando– tanto tiempo, con tan poco combustible. Más levitando que volando. Zombi y en trance y en piloto automático, sí; aunque respondiendo siempre a todas las llamadas de esos fantasmas. Esos seres invisibles pero tanto más presentes que el pasajero de al lado. Ausencias omnipresentes que flotan junto a él y que –como peso de equipaje cada vez más excedido y difícil de llevar– lo acompañan y nunca lo van a dejar solo. Presencias que le preguntan en todos los idiomas del mundo –en el esperanto del amor y del odio de los que le conocen mejor en lo peor– si le da miedo volar; si le gusta estar en el aire, y si su aterrizaje será de emergencia o uno de esos en los que, al tocar pista, todos aplauden como focas (y él se acuerda de ese aplauso que se le ruega al público de *Peter Pan* para resucitar a Tinker Bell, aplauso/mecanismo robado a *The Tempest*

de ese genial ladrón que fue Shakespeare y entonces los humildes mortales del auditorio sintiéndose un poco dioses, actores, personajes, seres por los que juran y en los que creer). Aplauden y sonríen y se desabrochan los cinturones de seguridad pensando erróneamente que ya ha pasado el peligro y que ahora están sanos y salvos, sin siquiera sospechar o sin querer recordar que la tierra es tanto menos firme que el cielo. ■